

PLÁTICA VIII.

Sobre los pecados veniales.

Qui modica spernit, paulatim decidet. Eccli. XIX. 1.

SEÑORES:

Como Dios por su misericordia nos eligió en Cristo, segun el apóstol, antes de la constitucion del mundo para que fuésemos santos é inmaculados en su presencia, nos llamó en tiempo á su admirable luz; nos reengendrô espiritualmente en el sacro Bautismo; nos elevó á la altísima dignidad de hijos suyos adoptivos y herederos de su reino. Mas para ob-

tener tanto bien nos mandó ser perfectos como lo es el Padre celestial. No quiere decir esto que afectemos ó presumamos igualdad de perfeccion con Dios. Pensarlo solamente seria temeridad sacrilega y detestable presuncion; pero quiere decir pongamos toda nuestra sollicitud en asemejarnos á nuestro original para ser dignos de su divina presencia; quiere decir que oremos y velémôs frecuentemente para no caer en la tentacion; quiere decir manejemos sin desidia el importante y único negocio de nuestra salud eterna; quiere decir no miremos con desprecio las culpas veniales, que insensiblemente nos conducen á caer en las mortales, las cuales nos privan de la gracia y nos hacen reos de la pena eterna. Evitar esta ruina es el beneficio singular que por la intercesion del santo Patriarca pedimos esta tarde al Dios de las misericordias. Procedamos con la bendicion

de aquel augusto y adorable Señor Sacramentado.

Cuando hayamos concebido una idea justa de la religion que profesamos, conocerémos facilmente la solicitud que debemos poner en evitar toda suerte de pecados, no solo los graves ó mortíferos que nos privan en un momento de la vida del alma, sino tambien los llamados veniales que nos disponen poco á poco á semejante desgracia. Yo bien sé que la preservacion de toda culpa, no menos que la perseverancia final, son dones especiales del Espíritu Santo, como la fe nos enseña. Sé que el primero de estos dones ha sido concedido á muy pocos por un privilegio singular; porque Dios nos ha dicho que siete veces al dia cae el justo; que todo hombre es mentiroso, y que miente el que dice que no tiene pecado. Pero la misma fe me enseña que lo que es imposible al hombre es posible para Dios; que

con su auxilio lo podemos todo; que no perdamos de vista nuestra salud eterna, este negocio importante que tanto nos recomienda S. Pablo, y que es el único propiamente nuestro. Los asuntos que no pertenecen á nuestra salvacion no son nuestros exclusivamente. Si trabajais, por exemplo, en ser sabios en medicina, ó por sobresalir en los derechos, no solo es asunto vuestro sino de los enfermos que curais, de los litigantes que defendeis, ó cuyas diferencias componeis. Pero velar continuamente por evitar toda especie de pecados, sin exclusion de los veniales, es negocio único y propiamente vuestro para ser immaculados en la divina presencia con arreglo á vuestra eleccion en Cristo.

Si en esta parte fuereis negligentes; si mirais estas venialidades como pequeñeces, debeis temer mucho sus terribles consecuencias y las penas á que en vida y muerte os ha-

cen acreedores. Ellas en efecto son ofensas de Dios, y de consiguiente le son desagradables. Son leves, me diréis; pero si las mirais con negligencia, no haciendo aprecio de ellas, vendréis poco á poco á caer en las graves, dice el Espíritu Santo. Ape- lo en esta hora al testimonio de vuest- ra conciencia. ¿No es verdad que vuestras murmuraciones empiezan de ordinario por los trages, condicio- nes, deformidades &c., y acaban con frecuencia por la fama y el ho- nor? ¿No es constante que vuest- ras chanzas empiezan por dichos ingeniosos, y comunmente acaban en injurias y sarcasmos? ¿No es cierto que vuestras mentiras empiezan por leves, jocosas y oficiosas, y termi- nan en graves y perniciosos jura- mentos? ¿No es indudable que vuest- ras maldiciones empiezan por mate- riales, y terminan mas de una vez en formales y en exêcraciones? ¿No es cierto que vuestros juramentos,

que al principio son verdaderos, degeneran poco á poco en perjuri- os? ¿No es cierto que el lascivo, el jugador, el ladrón, empiezan de ordinario por pequeños ensayos, y acaban con frecuencia consumados en luxuria, en el dolo y la rapi- ña? ¿No es cierto....?

¿Mas para qué me canso en ha- cer larga enumeracion de unos ma- les que la experiencia diaria nos en- seña? Estos defectos que llamamos leves porque no nos privan de la gracia son las pequeñas raposas, que segun la esposa de los cánti- cos demuelen la viña del alma. Dios que es la pureza suma, y que ve manchas en sus ángeles, mira con cierta especie de tedio esta ofen- sa, y le mueven á náusea estas de- formidades. Es verdad que estas fal- tas no os hacen reos de grandes crí- menes mientras no pasan de veniales. ¿Pero cuál es la consecuencia de esta tibieza y descuido? ¡Ah! oid lo que

de parte de Dios dixo S. Juan al obispo de Laodicea: conozco tus obras, y que no eres frio ni caliente... Mas porque eres tibio empezaré á arrojarte de mi boca. ¡Estado infeliz! semejante á aquella casa, que segun S. Mateo, hallaron los demonios vacía y limpia; es decir, dispuesta y preparada para invadirla y ocuparla. ¡Ah! ¡cuánto debeis temer que en pena de vuestra frialdad empiece el Señor á escasear sus gracias, sin las cuales nada podeis en el órden de vuestra salud eterna! ¿Cuál será en esta hipótesis vuestra suerte?

Pero seamos mas indulgentes con estos reos negligentes en evitar los veniales. Supongamos por un momento que no degeneren en mortales, lo cual no es tan facil. ¿Mas han considerado bien las penas á que en vida y muerte son acreedores? Registrad el antiguo y nuevo testamento, y hallaréis castigos riguro-

sos aplicados por Dios en pena de algunas faltas reputadas por leves. Preguntad á la muger de Loth ¿por qué fue convertida en estatua de sal hasta el dia? ella os dirá que por la vana curiosidad de haber vuelto su rostro ácia el incendio de Sodoma. Preguntad á Moisés ¿por qué le privó Dios de entrar á la frente de su pueblo en la tierra prometida? y os dirá que por una leve desconfianza que tuvo en las aguas de la contradiccion. Preguntad á su hermana María ¿por qué fue cubierta de lepra? y os dirá que por haber murmurado de su hermano Moisés. Preguntad á David ¿qué motivo dió para que el Señor enviase una gran mortandad sobre Israel? y os dirá que haber tenido la débil curiosidad de numerar su pueblo. Preguntad á los betsamitas ¿por qué perecieron casi universalmente? y os dirán que por haber mirado con ojos curiosos el arca del testamento. Pre-

guntad á Oza ¿por qué lo castigó Dios con muerte repentina? y os dirá que por haber tocado al arca que amenazaba venir á tierra, sin estar adornado con los debidos ornamentos. Preguntad á Ananías y Saffira ¿por qué cayeron repentinamente muertos á los pies de S. Pablo? y os dirán que por haber mentado. Pero todos estos castigos en vida, enviados por Dios por pecados á veces veniales, son nada respecto de los que el Señor tiene destinados en la otra vida para este género de culpas que despreciamos por leves.

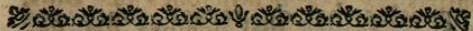
Por ellas en efecto debemos ser multados, aun cuando muramos en gracia, con dos terribles penas superiores á todas las que podemos sufrir en esta vida. Tales son la de daño y la de sentido. Por la primera son privadas estas almas justas de la presencia de Dios, su centro; y su fin último; y por la de sentido son atormentadas de un vivísimo

fuego que las abrasa y las devora sin consumirlas; penas tan activas, que las de todos los mártires son solo una sombra de ellas; fuego tan terrible, que el nuestro elemental apenas respecto de él, puede considerarse como un rudo bosquejo. Penas incomprendibles, y que deben durar hasta que los reos de estas culpas leves hayan pagado el último cuadrante, porque siendo Dios la pureza por esencia, nada con la mas leve mancha puede entrar en su reino. No son pues tan disimulables é inocentes á sus divinos ojos vuestros continuos defectos y culpas que llamais leves; porque aun siéndolo son ofensas de Dios, que os disponen y preparan para incurrir en las graves, que os alejen infinitamente del Señor, ó que á lo menos os hagan acreedores á los mas terribles castigos en vida y muerte: *qui modica spernit, paulatim decider.* Formad, os ruego, una idea

justa del espíritu de nuestra religion y de nuestra eleccion en Cristo para ser santos, sin mancha y sin arruga en su presencia. Si á imitacion del santo Patriarca fuereis fieles hasta en las cosas pequeñas, seréis elevados sobre las mayores, conforme al oráculo de Jesucristo. El santo Josef, elegido por Dios para el mas alto ministerio que obtuvo jamas justo alguno sobre la tierra; esto es, para padre putativo del Hijo del eterno, para Esposo verdadero de la que lo fué del Espíritu Santo, para cabeza, defensor y nutrición de Hijo y Madre, á quien debia alimentar con el sudor de su rostro, correspondió fielmente á los designios del Señor. Nadie mas solícito en su obsequio; nadie mas pronto en obedecer las órdenes del Altísimo; nadie mas celoso de su honra y gloria; nadie mas vigilante en la observancia de su ley: ella animaba el fondo de su corazon; en

ella meditaba día y noche; aun cuando dormia, su corazon velaba como el de la esposa de los cánticos; su conversacion toda era en el cielo; la dulce compañía del Unigénito de Dios y de su Madre le transportaban con frecuencia á la mas elevada contemplacion de los augustos misterios de nuestra redencion; se humillaba, se anonadaba, se deshacia en accion de gracias al Dios de las misericordias por sus inefables beneficios; los días y momentos de su vida todos fueron llenos; el amor de Dios inflamaba su corazon; sus labios le bendecian; sus manos y su intencion se prestaban de buena voluntad á hacer todas las cosas en su nombre. Su exemplo pues debe servirnos de modelo para avanzar el negocio de nuestra salud eterna; y su alta proteccion, si debidamente le invocamos, nos alcanzará la vigilancia cristiana para evitar todo género de

culpas, y las bendiciones de Dios,
que os deseo en el nombre del Pa-
dre, del Hijo y del Espíritu Santo.
Amen. DIXE.



PLÁTICA IX.

Sobre la muerte del justo y del
pecador.

*Pretiosa in conspectu Domini mors
sanctorum ejus. Psal. CXV.*

Mors peccatorum pessima. Ps. XXXIII.

SEÑORES:

¿Qué diferencia tan notable entre
la muerte del justo y la del peca-
dor! La de este, según David, es
infeliz, es pésima; la del justo, co-
mo un sueño plácido, es preciosa
á los ojos del Señor. Pero no de-
bemos jamás perder de vista que

uno de estos fallos entre sí tan opuestos ha de recaer sobre nosotros algun dia. Mientras vivimos en este valle de lágrimas, usando bien de nuestro libre albedrío y siguiendo las inspiraciones de la gracia, podemos cooperar á nuestra salud eterna, y evitar la infelíz suerte de los impios. Mas en llegando la muerte, término de nuestra peregrinacion, se acabó el tiempo de merecer: como cayéremos en las manos de Dios vivo, así permaneceremos en la eternidad segun el mérito de nuestras obras. Mas es de fe que al fin de nuestros dias ó hemos de ser colocados á la diestra ó á la siniestra del supremo Juez de vivos y muertos; es decir, que ó hemos de ser del número de los predestinados, ó del de los réprobos. Queriendo pues preservaros de tan lamentable y eterna ruina, os intimaré con la brevedad posible la memoria de la muerte; este poderoso

correctivo de los vicios, segun el Espíritu Santo; esta saludable instruccion, que juntamente con el exemplo y feliz tránsito del santo Patriarca, nos conduce como por la mano á despreciar todo lo terreno por los bienes eternos. Entremos en materia con la bendicion de nuestro augusto y adorable Señor Sacramentado.

Necesario es confesar que el mundo con su brillantez, sus pompas y sus vanidades, son objetos demasiado seductores, y que nos separan mas de una vez de nuestros deberes esenciales. Sus pasiones lisonjean el gusto, sus riquezas irritan la avaricia, sus honores estimulan la ambicion y la soberbia; sus exterioridades, su abundancia, sus placeres, en que suelen presidir Baco ó Venus, excitan la vanidad, la gula y la concupiscencia. Por manera que todo lo que el mundo ofrece puede decirse con S. Juan que

es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida. De aquí las repetidas caídas y la funesta ruina de tantas almas.

Pero el Señor, infinitamente misericordioso, nos enseñó el preservativo para no incurrir en semejante infelicidad. Tal es la memoria de la muerte; capaz de preservarnos del pecado, según su divino oráculo *memorare novissima tua, et in æternum non peccabis*. Memoria saludable, que nos instruye en el desprecio con que debemos mirar todo lo terreno con respecto á los bienes eternos; para conseguir la muerte del justo. Memoria que nos muestra lo frívolo y arriesgado de las fortunas, honores y placeres del mundo. Un momento de reflexión sobre los oráculos de la escritura basta para acreditar esta verdad, y hacer entrar en sí mismo al pecador, á fin de que conozca que to-

do lo que le presenta el mundo seductor es vanidad y aflicción de espíritu; según el *ecclesiastes*. La memoria de la muerte le hará comprender que la fama, los honores, la ambición y demas pasiones humanas perecen con su fallo.

¡Ah! ¿en qué han parado las delicias de aquellos impíos, que solo apetecían coronarse de rosas antes que se marchitasen; gozar de los bienes, y usar de la criatura en su juventud; llenarse de vino precioso y de ungüentos antes que se les pasase la flor de su edad; sin que quedase prado alguno donde no se manifestase su luxuria; cuyo designio era oprimir al justo, sin perdonar á la viuda ni al anciano, y cuya ley de justicia debia estribar en la fuerza y la violencia? Todos estos infelices, que no carecen de imitadores en nuestros días lúgubres, pasan su vida en deleites, dice el santo Job, y descienden al infierno en un momento: *lucunt in bo-*

*nis dies suos, et in puncto ad inferna
descendant.*

¿Qué ha sido de los Nabucos, de los Artaxerxes, de los Alexandros y otros decantados héroes, conquistadores violentos y tiranos del universo? ¡Ah! su memoria pereció con el sonido de sus detestables proezas. *Periit memoria eorum cum sonitu.*
¿Qué ha sido de aquellos ricos epulones, cuyo dios es su vientre, cuyo estudio acumular riquezas; y que como el necio del evangelio, dicen en su corazón ingrato: ¿qué baré, porque mis frutos no caben en los trojes? To los destruiré, y los baré mayores: diré á mi alma: ya tienes bienes para muchos años, descansa, come, bebe, regálate. Mas ¡ah! que la voz de Dios le dice: *insensato, esta noche misma morirás; murió el rico avariento, y su alma fue condenada al infierno: stulte, hac nocte animam tuam repetunt à te. Mortuus est dives, et sepultus est in inferno.*

¿Qué ha sido de estas bellezas mundanas, ó por mejor decir, de estas mugeres vanas, escandalosas, harpías de satanás, que á imitación de la impía Jetzabel para engañar á Jehu, se pintan y adornan con profanidad y desenvoltura, sirviendo de lazo á las almas incautas, y de tropiezo á la inocencia? ¿que á imitación de las hijas de Jerusalén, caminan, dice Isaías, llenas de orgullo, erguido el cuello, la sonrisa en sus labios, y midiendo sus pasos con estudio? ¿Cuál será, os ruego, la suerte de estas infelices al pasar á la eternidad? Cuando su último destino no sea como el de Jetzabel, cuya sangre y carne lamieron y devoraron los perros en el campo de Jezrahel, incurrirán á lo menos en la eterna desgracia que les anuncia el santo profeta, á saber: *el Señor dexará calvas á las hijas de Sion... las desnudará, y privará de todos sus adornos (meretri-*

cios), *convirtiendo en fealdad, en fetor y en sempiterno desprecio todo su luxo y vanidad.*

¿ En qué han parado aquellos pretendidos políticos que juzgan poder reformar el orden de la Providencia? ¿ aquellos sabios orgullosos, que creen serles lícito destruir toda legislación divina, canónica y humana, ó por pura arbitrariedad, ó por no acomodarles á sus ideas mundanas? ¿ aquellos prudentes según la carne, que se creen autorizados para cambiarlo todo á su arbitrio, sin más razon ni fundamento que su propia voluntad, decidiendo con igual autoridad que si hablasen como práculos á un pueblo gentil, y desde la mesa de tres pies? ¿ Ah! ellos y sus imitadores han sido abandonados de Dios á sus invenciones, y entregados á un sentido réprobo; y el Señor ha protestado en su ira perder la sabiduría de estos sabios, y reprobado á la faz

del mundo la prudencia y política de estos falsos prudentes: *perdam sapientiam sapientum, et prudentiam prudentum reprobabo.*

¿ No basta, os ruego, esta breve induccion para haceros conocer la frivolidad de todo lo terreno en paralelo con los bienes eternos? ¿ y no son estas verdades sempiternas á las que la memoria de la muerte nos conduce como por la mano? Si meditamos pues su inevitable fallo, la incertidumbre de la hora, el rigor del juicio y la eternidad del destino ¿ quién no temerá ser envuelto en una eterna ruina si sigue los pasos de los vanos amadores del siglo? ¿ Quién no registrará en su conciencia la suerte á que le destinan sus obras según la presente providencia? ¿ Quién no aborrecerá la muerte pésima de los pecadores que se conforman á las máximas del mundo réprobo, del siglo corrompido? ¿ Quién no ape-

tecerá la muerte de los justos?

Esta es preciosa á los ojos de Dios, dice el real profeta. Cuando la calamidad repentina viene sobre el pecador; cuando la muerte se presenta á manera de una tempestad; cuando venga sobre él la tribulacion y la angustia, entonces, dice el Señor en sus proverbios; me invocará y no lo oiré, por haber despreciado mi disciplina, mi correccion y mis consejos. Mas cuando el justo fuere preocupado por la muerte, añade Dios, recibirá el refrigerio; es decir, recibirá el premio de sus trabajos y la corona de justicia que tiene prometida á los siervos fieles que perseveran en su obsequio. Sí, señores, estos que el mundo desprecia y persigue porque no son del mundo, porque condenan sus usos y diversiones profanas, la corrupcion de sus costumbres, su inmoralidad, su irreligion y el trastorno universal de lo sa-

grado y lo humano; estos, á quienes hemos mirado como dignos de burla y de irrision, teniéndolos por insensatos segun el testimonio del Espíritu Santo, son computados entre los hijos de Dios, y su suerte será la bienaventuranza si padecen por Jesucristo, celando su honra y gloria, y sosteniendo los inviolables derechos de su augusta religion. *Hi sunt, quos habuimus aliquando in derisum... ecce quomodo computati sunt inter filios Dei, et inter sanctos sors illorum est.* Esta ha sido desde el origen del mundo la senda que ha conducido á los justos á la patria celestial. La vida de Jesucristo, ya en esperanza y figura, ya en la realidad, ha sido el modelo de sus operaciones. Afligidos, odiados, perseguidos, ocultos y aun sepultados en las entrañas de la tierra, jamas perdieron de vista estos varones de Dios el norte de su Redentor. Entregados á los mayores suplicios, des-

tinados á los cadahalsos, al fuego, al agua, á la cuchilla y á las fieras, iban llenos de gozo á los suplicios: abundaban en consolaciones en medio de los tormentos, eran prevenidos por Dios con bendiciones de dulzura, su tránsito era una especie de sueño apacible, y su muerte preciosa á los ojos del Señor.

La brevedad de una plática no me permite traer á la memoria los gloriosos dotes con que Dios los corona, ni presentaros los hechos de la multitud de héroes que la santa religion nos propone en el antiguo y nuevo testamento. Bastará un breve rasgo del feliz tránsito del santo Patriarca para conocer lo apreciable que es la muerte del justo, y para excitar vuestra fe, vuestra piedad, vuestra esperanza y sollicitud por los bienes eternos. Espero aún de vosotros un momento de atención para que bendigáis al Señor por sus misericordias singula-

res con el justo Josef en su feliz tránsito. Yo no haré mas que extractar sumariamente algunas de las cláusulas con que refiere este edificante suceso la venerable Ágreda; pues aunque sus obras solo merezcan una fe humana, son de mucha edificacion, y muy análogas sobre la materia á lo que la religion nos enseña acerca de la bondad del Señor para con sus escogidos. *El que teme á Dios, dice el eclesiástico, lo pasará bien en su muerte; y en el dia de su tránsito será lleno de bendiciones.... El varon fiel será muy alabado, y el custodio de su Señor será glorificado.* Hé aqui la firme base en que estriba todo lo que aquella venerable refiere sobre el tránsito de Josef.

Corrian ya ocho años, dice en substancia esta venerable, que las enfermedades y dolencias de Josef, le exercitaban, purificando cada dia mas su generoso espíritu en el cri-

sól de la paciencia y amor de Dios; y conociendo su santísima Esposa que la muerte del Santo se acercaba habló á Jesucristo con estas palabras: Señor y Dios altísimo... el tiempo determinado por vuestra voluntad para la muerte de vuestro siervo Josef se acerca... Yo os suplico por vuestras misericordias... que le asista en esta hora el brazo poderoso de vuestra Magestad, para que su muerte sea preciosa en vuestros ojos, como os fue agradable su vida... Acordaos del amor y humildad de vuestro siervo; del colmo de sus méritos y virtudes; de su fidelidad y solícitud conmigo, y que á vuestra grandeza y á mí... nos alimentó el justo con el sudor de su frente...

Madre mia, contextó el Salvador, aceptables son vuestras peticiones en mi agrado, y en mi presencia estan los méritos de Josef. Yo le asistiré ahora, y le señalaré

lugar y asiento para su tiempo entre los príncipes de mi pueblo, y tan eminente, que sea admiracion para los ángeles y motivo de alabanza para ellos y los hombres, y con ninguna generacion haré lo que con vuestro Esposo. Llenóse á esta sazón la casa toda de un suavísimo olor, y se oyeron dulces cánticos que entonaron los ángeles en alabanza del altísimo y para consuelo del enfermo. El dia antes de su muerte fue arrebatado en espíritu, y vió cosas, como despues S. Pablo, de que no es lícito al hombre hablar.

Volvió del rapto inflamado, lleno su rostro de admirable esplendor, y hablando con su Esposa la pidió su bendicion, y ella á su Hijo santísimo que se la diese, y su Magestad lo hizo. En seguida la gran Reina, puesta de rodillas, pidió al Santo que la bendixese como Esposo y cabeza. El varon de

Dios lo hizo por impulso divino, y ella le besó la mano con que la bendixo. Qué contraste, señores, de humildad, de amor, de piedad y de religion! Bendíxola el Santo casi con las mismas palabras del cántico de la Señora, y convirtiéndose ácia Jesucristo, quiso ponerse de rodillas para hablarle; pero Jesus le recibió en sus brazos, y teniendo la cabeza reclinada en ellos, le dixo: Señor y Dios altísimo, Hijo del eterno Padre, Criador y Redentor del mundo, dad vuestra bendicion eterna á vuestro esclavo y hechura de vuestras manos: perdonad, Señor, las culpas que como indigno he cometido en vuestro servicio y compañía... El Redentor le dió la bendicion y le dixo: Padre mio, descansad en paz y en la gracia de mi Padre celestial y mia; y á mis profetas y santos que os esperan en el limbo daréis alegres nuevas de que

se acerca ya su redencion. En estas palabras y en los brazos de Jesus espiró el felicísimo Josef, y su Magstad le cerró los ojos. Los ángeles entonaron dulces cánticos, y acompañaron su alma hasta el limbo de los padres.

Hé aqui la dichosísima muerte del justo Josef, este varon extraordinario, el mas favorecido y el mas fiel á Dios. Elevado por el Señor á la altísima dignidad de su Padre putativo, su nutricio y su defensor; elegido desde la eternidad para verdadero Esposo de su santísima Madre, su tutor y gefe de la familia del Señor sobre la tierra, como siervo fiel y prudente cumplió los deberes de tan alto ministerio, lleno siempre de confianza en su Dios, de fervor en su obsequio y en el de su santa Esposa, pernoctando con frecuencia en la oracion y contemplacion de los altísimos misterios de la redencion del mundo, hu-

millado hasta el polvo de la tierra, como si fuese el mas despreciable de los hombres; siempre casto, siempre puro, siempre solícito de su salvacion, y conforme en todo con la voluntad de su Dios, logró por su fidelidad que su muerte fuese preciosa á sus ojos, y que le adornase con la corona de justicia que tiene prometida á los que le adoran en espíritu y verdad.

Solo resta, señores, que no seamos ociosos, admiradores de la vida, méritos y exáltacion de Josef. Hombre fue como vosotros, sujeto á las mismas pasiones, expuesto á los mismos peligros y combates: limitadle pues como podeis, con el auxilio de Dios; tomadle por especial protector para obtener una muerte feliz en el ósculo santo del Señor. No mireis con indiferencia el negocio árduo y único de vuestra salud eterna, que depende de perseverar fieles en el servicio de Dios

hasta aquel terrible momento.

Vos, santísimo Patriarca, custodio de la casa y familia del Señor, y protector de su iglesia, desde el alto sólio de grandeza á que la gracia de Dios y vuestros méritos os han elevado, arrojad una mirada favorable sobre vuestros devotos. Bien podeis conocer las aflicciones que nos cercan, los males que nos rodean por nuestros pecados: alcanzadnos del Todopoderoso una gracia triunfante y victoriosa que disipe las tinieblas de nuestro entendimiento, que sujete la rebeldía de nuestro corazon, que nos haga dóciles á la voluntad de Dios, celosos de su religion, y fervorosos en su amor, durante la vida, para gozarle y alabarle en la eternidad. Amen.

DIXE.